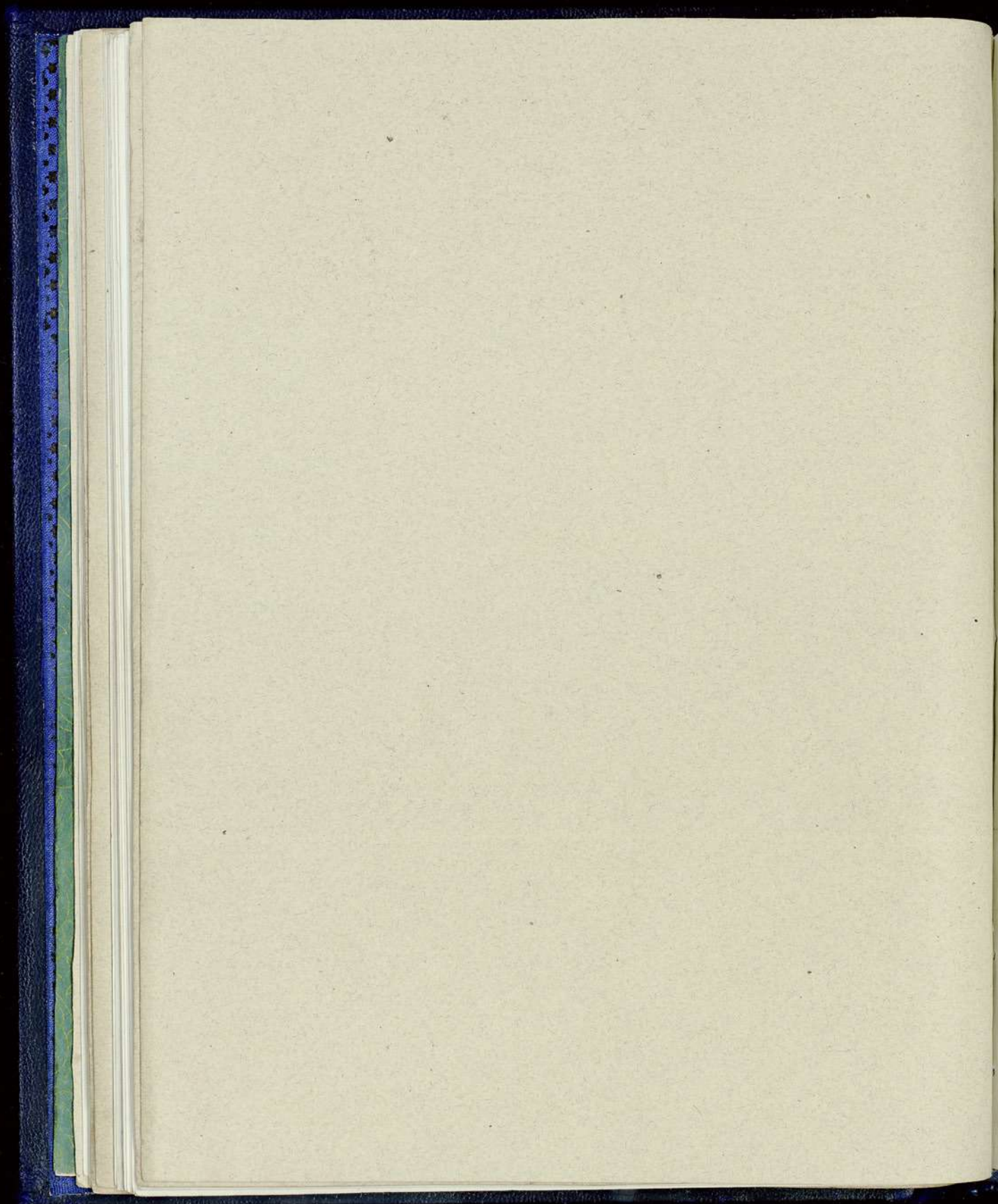


LUNA





LUNA



SUMARIO

DEDICATORIA • PABLO DE LA FUENTE, GERMAN VERGARA • ANTONIO DE LEZAMA, LA TIERRA, MADRE Y SEÑORA • NOTAS POLITICAS • AURELIO ROMEO, ELLOS Y NOSOTROS • SANTIAGO ONTAÑON, VICENTE SALAS VIU • LA MUERTE DE DON JOSE GIRAL • A.A CERCA DE NERUDA • EDMUNDO BARBERO, PEDRO ZORRILLA • DIEGO MUÑOZ MUSICA DE BAILE (CUENTO) • CUADERNO DE POESIA: CANTO EPICO A LAS GLORIAS DE CHILE (FRAGMENTO), RUBEN DARIO y NOTAS DE LECTURA, por J.C y J.R

Portada e Ilustraciones de ONTAÑON

Año II

Noche del 31. Marzo al 1º Abril 1940

Num 19

DEDICATORIA

UN año se cumplió el día 28 de marzo de nuestro ingreso en la Embajada de Chile, huyendo de una muerte probable y de cruel y seguro encarcelamiento.

Quiere LUNA expresar, en tal ocasión, con aquella modestia de quien trata un tema poco conocido y carece de los elementos precisos para enmascarar discretamente su ignorancia, toda la admiración y gratitud que siente por la República chilena, y temerosa del empeño busca en el estro magnífico del inmortal Rubén Darío y en la prosa de un literato chileno un homenaje a la nación americana que es paladín de uno de los mas bellos principios del derecho de gentes, aquel que salvaguarda de las pasiones políticas a hombres vencidos en la contienda y que se acogien, limpias las conciencias de toda culpa de tipo criminoso, al amparo de un pabellón amigo.

Poco, casi nada sabemos de la tierra que entre los Andes y el mar extiende la maravilla de su suelo. No nos bastan los endecasílabos sonoros de Alonso de Ercilla cantando la bravura araucana, ni los versos de cien poetas ensalzando su belleza, ni la admiración de nuestro viejo Campoamor extasiado ante los ojos de las mujeres de Chile; quisiéramos conocer a fondo la grandeza de la tierra que para España conquistó la espada de don Pedro de Valdivia; conocerla tan bien como conocemos la hidalguía de sentimientos del Gobierno de Chile, maravilloso interprete del sentir de su Primer Magistrado S.E. Pedro Aguirre Cerdá el pedagogo austero que rige los destinos de la que nosotros consideramos nuestra segunda Patria; conocerla tan a fondo como conocemos el alma

buena y amiga de don Carlos Morla, don Enrique Gajardo y la de don Germán Vergara Donoso para quien todo elogio nos parece mezquino.

Poco sabemos de Chile pero amamos tanto a aquella República que ya que no podemos hacerla el debido homenaje con nuestro cerebro la rendimos pleitesía con nuestro corazón emocionado.



GERMÁN VERGARA

El hombre tiene, para comunicarse con los demás, un rostro, una voz, una risa, una mirada y unas manos. "Observa las manos de aquellos con quienes te trates", me dijo una persona demasiado interesada en la interpretación de todas estas cosas. Pero hay frases que se dicen, y se oyen, sin interés, en la superficie de la conversación, y que se quedan dentro tomando cuerpo, desarrollando su importancia, hasta influir con un reflejo nuevo en las actitudes de cada uno.

"Observa las manos".. No estoy ya libre de esta influencia y las manos de mis amigos intervienen en el concepto que edifico de ellos. Las manos se comunican en el saludo al enlazarse. Hay quienes prefieren dar una pequeña palmada en el hombro o en el brazo de quien les saluda. Son cordiales y reservados a un tiempo. Le quieren a uno proteger y entre los gestos de abrazo y bendición, su mano se queda indecisa participando algo de los dos, pero siempre guardando la distancia.

Hay manos que aceptan ser estrechadas en el saludo colándose blandamente entre nuestros dedos, débiles de carácter y desconfiadas. Otras son tan banales que su contacto no descubre nada en la rutina fugaz del saludo. quedan las del hombre, las que encajan la comisura de los pulgares y aprietan los garfios de los dedos sin dominio pero con fuerza, juntando las palmas en un instante de comunicación mutua, sellando una confianza viril en el otro.

Habr  mas cosas, no digo que no, pero las desconozco. Temo tambien que el que empieza a encontrar muy importante una cosa, abandona las otras que tambien dicen algo. Me basta con esos elementos de observación sobre las manos para medir y encontrar.

 Debo hablar ahora de lo demás?  De ese enunciado que encierra la primera frase del artículo? Es mucha pretensión y aunque soy partidario de que se intente lo difícil, no me guió tanto por este pensamiento como para entrar en una improvisación cándida y gr tesca al tiempo.  Por qué teorizar sobre la mirada cuando todos sabemos leer en ella y descubrir almas sinceras o turbias según los matices que impregnan los gestos de los ojos?

La sonrisa es una frontera amablemente cerrada. La risa la abre, aunque, a veces sirva para que nos echemos atrás. Tambien existe el gesto intermedio, la risa algo frenada. El caracter expansivo que no sabe si debe. Y ciertos ojos que le miran a uno cara a cara, y sin pestañear, al reir escapan a otro lado, de temor de su propia confianza.  Obliga a tanto la necesidad social de medirse! Y es forzoso y sabio a un tiempo, pues las llamadas conveniencias no deben considerarse, ligeramente, como trabas, si no méritos de una personalidad.

Quería escribir sobre don Germán Vergara en este número que publicamos bajo el signo del patell n de Chile. Hay mucho que decir y ya me había desviado bastante. Preciso por ello ahora recoger velas y hablar de algo mas concreto. Por ejemplo, de nuestra gratitud a Chile, tema sobre el que puede haber alguna reserva respecto a nosotros, ya que la conducta de los que mas deben a este derecho de asilo que hoy nos guarda ha sido mala, y tan rencorosa como acostumbraban ellos, buscandose pretextos -el que hay un Gobierno de Frente Popular, p.ej.- para olvidarse de que se les recibí como hombres y se les trat  humanamente, que es cuanto se puede decir, sin tener en cuenta esas cuestiones de color político que ahora manchan, sin disculparla, su grosería.

No deben existir semejantes reservas sobre nosotros. Se que una afirmación así no es suficiente. Pero ya nos vamos dando a conocer bastante bien para ser creidos, pues se nos ve j ntar, voluntariosamente nuestras decisiones a las realidades.

Morla nos recibió. Era el indicado, con su sensibilidad humana tan apta para sentir y hacer sentir lo tenue y delicado. Gajardo nos guardó en los días de asaltos y peligros. Daba ánimos con un gesto sereno y salía luego a disputar la entrada con su propio cuerpo, si era preciso. Le vimos varias veces. Subía a hacer tertulia, a hablar de la calle, a discutir, incluso, sobre apreciaciones políticas que estaban en desacuerdo con las suyas. Se puede suponer que es un hombre frío; así, al menos, es su fama. Sin embargo uno de nosotros debe su entrada aquí al tierno recuerdo de su madre que una conversación llegó a evocar.

Ya a bordo, seguros, entramos en esta zona de la calma. Llegó el piloto que necesitábamos. Vergara y su actividad social, su actividad incansable y más fuerte que todas las pruebas duras, tejiendo las redes de un trabajo que ya dió algún fruto y nos permite confiada espera. No es discreto hablar de cómo va haciendo las cosas, por lo que sabemos. Ni prudente repetir sus impresiones que nos comunica sin reservas. Pero si la fé está viva cada día en este encierro que ahora cumple el aniversario, se debe a él, y a lo que piensa él, y a lo que estará preparando él.

Pero no venzo las dificultades. Mi trabajo de hoy corre el riesgo de hablar de muchas cosas que andan rodeando un tema sin entrar dentro. Sin embargo es tan fácil comprender que no se puede profundizar aquí sobre el tema diplomático que más vale lo deje a sí, confiado en la general comprensión.

Una frecuentación hace una amistad. Una amistad es, en principio, un deseo de abrir más nuestro panorama de conocimientos humanos. Pero se devuelve el gesto y, a nuestra vez, aparecemos un poco más claros para el otro.

Hay hombres que acuden transparentes al primer examen. Otros se reservan en los primeros encuentros y, al cabo, con pausa, saben encontrar el momento del intercambio cordial de una amistad. Y los que luchan, porque temperamentamente son de la primera tendencia y comprenden la necesidad de obrar de acuerdo con la segunda.

Una amistad es una solidaridad. Las palabras, las

expresiones, los abrazos, no sirven. Son gestos publicitarios por los que se nos quiere hacer creer en la bondad de un producto, cuando mas fácil es darlo en prueba. Quienes saben llevar hacia sí el hombre que circunstancialmente está en una situación de inferioridad, y lo sostienen en su moral y en su vida si es preciso -y en silencio, y con eficacia- aseguran al que lo llega a saber -porque la nobleza de conducta tiene resplandores propios- que el que obre así es digno de nuestro mayor cariño, ya que él emplea por poner el suyo del lado mas débil y arriesgado.

Sabemos de Vergara los rasgos definitivos de este tipo de hombres. A ello le llevan su sensibilidad, su cultura, su elevación de alma. Una comunicación entre nosotros y él se ha establecido en el momento en que tuvimos que buscar un amigo, y lo encontramos. Y cada vez se afianza mas el mutuo aprecio. Conoce nuestros propósitos y nuestros proyectos y participa en ellos como uno más de esta pía fraternidad de amistades que hemos convenido en llamar Club de los Noctámbulos.

Su mano se cierra ahora sobre las nuestras con la presión de la confianza, se abre su sonrisa y su mirada no se separa de la nuestra en ese instante. La comunicación cordial existe y de ahí la dificultad de mi tema: expresar nuestro aprecio común sin caer en aquello que pueda restar sinceridad a nuestras palabras ni emoción a nuestro pensamiento.

Pablo DE LA FUENTE

LA TIERRA MADRE Y SEÑORA

ABORIGENES, extranjeras, criollas, mestizas... Si hay algo que induzca al orgullo, que aisle mas, que ahonde diferencias, excite odios y siempre envidias y codicias, esa es la preocupación racial con su fiero afán exclusivista o su torva obsesión vindicadora.

Y donde estas características se acusan mas acentuadamente por desdicha, aunque tambien por fortuna tiendan a desaparecer, es en los países donde han posado sus plantas otros pueblos, unas veces como descubridores, otras en plan de colonización encubridora de interesado anexionismo y siempre por la árbara razón de la fuerza.

Pero la tierra, como el misterio femenino, se venga de quienes la huellan enamorandolos y convirtiendolos de conquistadores en esclavos, y hace que quienes quieran poseerla, como a mujer esquiva, la rindan su voluntad y por ella mueran y en ella queden prisioneras sus cenizas.

Los aborígenes cifran su derecho en el nacimiento y en tiempo. Para ellos los siglos son baluarte de su indeclinable título de dominio, y ven con ojos turbios de celoso a cuantos ponen pié en su suelo, que no quieren compartir con nadie, pero por una ley fatal del destino quien hoy se estima aborígen insustituible es mañana desposeído por gente extraña que al correr centurias se abroga los privilegios que antes arrebatara a otros hombres y los reputa como sagrados e inviolables.

Los extranjeros justifican su violencia dominadora en motivos sentimentales, religiosos, patrióticos y siempre disfrazados con la capa generosa del civilizador. Se apropian de

rios y montes, costas y valles, cargan de cadenas a los indígenas que nos les cambian gustosos el oro de su patria por los abalorios del mercantilismo y cínicamente dan legalidad a su crimen. Pero la tierra, sensual y vengadora, los encadena por la codicia de idéntica manera que las mujeres aborígenes los aprisionan por la lascivia.

Es una mezcla de amores y de odios, de egoismos y rendimientos que en ocasiones lindan o se adentran en la traición, como en el caso de Iturbide.

Siempre omnipotente y dominadora, con mimos de ninfa enamorada o con furias alucinantes de Nemesis, la tierra es señora de todo y los hijos de los extranjeros que nacen en ella, los criollos, resultan mas hijos de ella que de sus mismos padres y de igual manera que quien está enamorado por su amor rompe con familia, conveniencias e intereses, así los criollos se olvidan de la sangre que llevan en las venas para no oír sino los latidos de la tierra sobre la cual fueron paridos.

Y en todos los países del mundo, y en todos los momentos de la historia, como una ley biológica, se repite un hecho que por vulgar deja de ser fenómeno: los mas resueltos libertadores de pueblos son siempre, siempre criollos. Criollos ingleses en la América nortea, criollos españoles los de la América del Sur y la que une ambos enormes territorios.

¿Para qué daros nombres? ¿No bastan Washington, Franklin, Bolívar, Miranda, O'Higgins, Carrera y tantas figuras gloriosas como estos?

La tiranía de Venus, y esta es mas acusada entre los españoles, mezcla la raza invasora con el pueblo invadido y nace el mestizo. El ser atormentado por los mas contrarios sentimientos y las mas difíciles situaciones. Si es producto de la clandestinidad amorosa, tiene la amargura de su origen y odia las dos sangres que se unieron por la violencia, por el interés o por el vicio. Vive desasosegado e incómodo como si las dos razas que le dieron vida le fuesen hostiles, pero en las dos encuentra, a mas del nacimiento razón para creerse mas dueño que nadie de la inexorable tierra.

Aborígenes, extranjeros, criollos y mestizos se odian en sus principios y se miran celosos y recelosos. Quisieran exterminarse, y a veces pugnan por ello y aun en ocasiones lo consiguen, pero nadie queda vencedor sino la tierra inmutable y eterna que los vé pelear por conquistarla y es siempre ella la que los avasalla y los ahoga entre sus terrones.

Los aborígenes van poco a poco desapareciendo y hasta sus nombres legendariamente aristocráticos quedan como desfigurados y desvanecidos por el tiempo.

Los extranjeros se incorporan fatalmente al pueblo de que

se adueñaron y que los absorbe.

El oro, la libidine, el miedo, ¡lo que sea!, une en los lechos razas y pueblos hasta que en el porvenir se forme la raza única, la raza humana, la que sea hija del amor que no entiende de colores, ni de prejuicios ni de fronteras, la verdadera hija de la tierra, señora absoluta de la humanidad.

Llegará un día, que acaso sea el día de la paz, en que la palabra Patria tenga toda la inmensa grandeza de su verdadero concepto sin que la empequeñezca la existencia de unos montones de tierra cuya ascensión fatiga al caminante ni llanuras de agua que on igual amor besan una y otras orillas, y que la estupidez humana quiere convertir en muros infranqueables.

La felicidad, lo que hace al hombre libre, es precisamente la desaparición de limitaciones, el avanzar siempre con un bello horizonte ante los ojos, lo que no implica desvío hacia el hogar pues si pudieramos adelantar sin obstáculos, cada paso, al propio tiempo que nos alejase nos aproximaría a nuestro punto de partida como una meta ideal.

Contra el absurdo odio de razas, contra la grotesca xenofobia, hay que oponer la inteligente comprensión y el amor a la Humanidad y a la Tierra.

Antonio DE LEZAMA.

NOTAS POLITICAS

Y a con el nuevo Gobierno Reynaud se ha verificado una reunión del Consejo de Guerra interaliado en el que se afirmó la voluntad de no firmar paz alguna por separado y dar mas vigor a las operaciones guerreras.

En Moscú ha pronunciado Molotov un discurso en el que expresó que la URSS sigue reivindicando el territorio de la Besarabia, hoy en poder de Rumania.

La preparación de las fiestas que conmemoren el aniversario de la terminación de la guerra ha ocupado la actualidad nacional. No se sabe si con este motivo habrá algún indulto o si se limitará todo a la charangada militar y los extraordinarios de tipo provinciano como los que hoy han publicado los periódicos de la "capital del imperio"

ELLOS Y NOSOTROS

Pero el beneficio siempre quedará estable e inmutable sin que fuerza alguna pueda hacer que éste no haya dado y aquél no haya recibido.

Séneca.

CONVERSABAMOS días pasados sobre la influencia que las fiestas que se han venido celebrando podrían tener en la favorable resolución del pleito entablado en torno del derecho de asilo, en torno nuestro concretamente.

Difícil sería que viviésemos engañados por una equivocada idea acerca de esas manifestaciones espirituales que se han dado en llamar buenos sentimientos, justicia, agradecimiento, y tantas otras, de que puedan ser capaces los actuales gobernantes españoles, esos buenos sentimientos que, a creerlos a ellos, han sido de su exclusivo patrimonio desde que el mundo es mundo o, quizá más exactamente, desde que en el mundo hay hombres de derechas y hombres de izquierdas. Catalogados, por suerte para nosotros, entre los que militan en el segundo de los campos citados, conocíamos hace mucho todas las reacciones que de ellos podían esperarse. Quedaban, sin embargo, limitadas al marco nacional sin trascender a la vida universal. Nadie podía creer nuestras palabras; aquellos a quienes llegaban siempre pensaban que eran hijas de una enemistad política que nos hacía negar el pan y la sal a nuestros adversarios. A decir verdad, para los que desconocieran a nuestras derechas no podía ser fácil darse exacta cuenta de su manera de pensar más digna de tres o cuatro siglos retrasados que de la época

en que vivimos, esta época en que se ha desarrollado la "barbarie asiática" amenaza de la civilización occidental, en esta época en que la cruzada nacionalista española ha elevado al máximo los valores del cristianismo.

Llegó la guerra y mientras luchábamos nosotros en los frentes para evitar el predominio fascito-jesuita, recibían las derechas españolas beneficios grandes, entre los cuales no ha de juzgarse el menor el que el derecho de asilo generosamente practicado, les ofreció. Ahora se ha cumplido el año en que la Suerte se nos mostró esquiva y nosotros, los que aceptamos el derecho de asilo, buscamos la misma defensa que nuestros enemigos tuvieron. Mucho mas reducida en cuanto al número, la ayuda fué brindada a un pequeño grupo, el que constituimos nosotros, y del que formaron parte, aunque en distinta Misión, otros cuantos republicanos que, una madrugada fueron sacados violentamente de su refugio y entregados a sus "jueces". Tuvi- mos mas suerte nosotros: un telegrama recibido a tiempo, el reconocimiento de un Gobierno americano de la nueva situación española, fué el escudo que nos defendió. Ya entonces hemos de creer que la fé depositada por aquellos benefactores en el agradecimiento, debió sufrir duro quebranto. Justo es señalar que personalmente hubo algún agradecido, pero nos sobrarían los dedos de una mano para enumerarlos.

Eramos parte en el pleito y no quisimos nunca que nuestra voz se alzase acusadora; solo al llegar un día en que hemos escuchado lamentaciones expresivas de una muy humana desilusión, es cuando nos atrevimos a preguntar.

Fué con ocasión de un testimonio de gratitud que quisimos oír -son tan pocas las cosas que está en nuestra mano brindar-.

-¿Es que no se acuerdan de los beneficios que recibieron ellos? ¿Qué dicen los y de los refugiados que ustedes defendieron?

-Nadie se acuerda de nada. A ver si ustedes se acuerdan mas tarde.

Estas palabras me hicieron pensar. ¿Efectivamente llegare -mos nosotros a olvidar el beneficio recibido? Una y otra vez me lo he preguntado. Sinceramente creo que sabremos guardar siempre en lo mas sano de nuestra alma la esencia de la gratitud. ¡Somos tan diferentes de nuestros enemigos! Ahora ya no seremos nosotros solos quienes vean los distingos que nos separan. Por un momento quiero ponerme en el lugar que ocupan esos que no "olvidan las ayudas, la asistencia material o moral que recibieron durante la guerra". ¿De donde salieron sus jerarcas, sus ministros, algunos de sus generales? ¿Han olvi-

dado el beneficio? ¿Lo recuerdan y no quieren recordarlo? ¿Acaso estiman que aquél beneficio es inferior a la injuria que se les hace protegiendo nuestras vidas?

Si fué lo primero es quizá la mas negra de todas las ingratitudes. Olvidar lo recibido es imposible porque desde que el beneficio existe queda fijado con indelebles caracteres y no hay quien lo mueva. Solo olvidando la propia vida puede olvidarse que estuvo en peligro. ¿No vivían en perpetuo terror? ¿No estaban pendiendo de un hilo sus vidas? ¿No se han elevado cantos de agradecimiento a otro país que realizó la misma función de asilo?

Si es lo segundo dejaría de ser ingratitud, sería algo peor todavía: tontería, y un hombre tonto es el peor recibido en todas partes. No querrán ellos recordar, pero todos los actos de su vida diaria tienen que traerles a la memoria aquellos otros días que pasaron refugiados y cuando intenten ocultarse lo a si mismos no estarán haciendo otra cosa que lo que hace el avestruz ante el peligro. No hay peligro en este caso, al menos inmediato. Pero sí hay algo que puede doler mucho mas, la perdida de la estimación que merecieron en otros tiempos.

Y si se trata de lo tercero, se unirían las dos consecuencias para formar un tercero y no me atrevo a calificarla, no acierto a encontrar la expresión exacta que pueda designar lo que surgiría como fruto de la unión de la ingratitud y la tontería.

Si consideran injuria que la misma bandera que a ellos les defendió nos defiende a nosotros, ¿como justificarían toda esa palabrería que nos han venido dedicando, si fuimos tan canchales que respetamos un asilo que suponía una injuria para nosotros? No se tardarían mucho en dar una contestación: ellos eran personas decentes; nosotros, la horda, la hez. Pero con ello quieren olvidar que tanto ellos como nosotros no somos sino partes en el pleito y que solo es juez quien a unos y a otros ha defendido. Además, aun no habíamos recibido nosotros beneficio específico que obligase tan fuertemente como ellos tienen recibido en la hora actual cuando de nuestra salida se trata.

No deja de ser motivo de orgullo que tan solo trece hombres valgamos tanto y aun mas, pues les parece desmedido el cambio a realizar, que mas de un millar de heroicos "camaradas" elevados militantes del Movimiento.

Mas no es cuestión de valorar en mas o en menos. El beneficio, mientras no sea fingido, mientras no oculte tras su bondad aparente una intención torcida, siempre será beneficio recibido. Ciertamente es que alguna filosofía dice que solo es bene-

ficio aquello que aprovecha y ninguno puede aprovechar al hombre malo; el malo no puede recibir beneficio y, por tanto, no puede ser ingrato. No creo que pueda aceptarse íntegramente y sin reservas esta argumentación. Mas bien creo que sí es recibido el beneficio.

Pero sea lo que fuere, siempre podemos extraer un beneficio también nosotros de esta ingratitud. Teniendo ante nuestros ojos los efectos que el olvido causa, hará más difícil que podamos olvidar los nuestros, los que nosotros hemos recibido.

Siempre quedarán expuestos los beneficios de una y otra parte, y, siempre también, de manifiesto, la medida que unos trataron de aplicar y, me atrevo a afirmarlo, la lealtad con que hemos de agradecer nosotros.

Aurelio ROMERO.



UN ESPAÑOL EN CHILE

VICENTE SALAS VIÚ

QUIERO apuntar en las páginas de LUNA el nombre de un español de calidad al cual desde aquí me atrevo a colocar a la cabeza de los nuevos notámbulos que nos esperan en las orillas de la tierra chilena: Vicente Salas Viú.

Donde esté Vicente Salas Viú habrá siempre un español de primera clase, una sensibilidad exquisita y un hombre de bien sobre todas las cosas. De su conducta en Chile nos llegan noticias que hacen efectiva la idea que de él tenemos.

Yo conozco bien a Vicente y por lo tanto nada me ha extrañado su comportamiento moral y espiritual. Sabía que permaneciendo con elegancia fuera de la política quería que puede hacernos odiosos al país que nos protege sería una constante muestra de lo que es y debe de ser un intelectual español expatriado en tan duro trance. Su conducta es la precisa para levantar en alto con orgullo la bandera que nos han pisoteado pero que día no lejano habrá de erguirse mas altanera cuanto mas pisoteada como esos gloriosos estandartes que muestran con orgullo sus sedas desgarradas por el viento y el fuego de las grandes batallas. Salas Viú será siempre un republicano español orgullo de la España trabajadora, ilustre de cultura civilizadora de pueblos con el amor y el cerebro por encima de las espadas.

He vivido con Salas Viú un año de guerra. En la Alianza de Intelectuales de Madrid se hizo querer de

todos por su bondad, su inteligencia, su fina cultura, su sensibilidad de cristal trabajado. Entonces era el "sargento Positeo" -como le llamaba Alberti, no se por qué- figuraba en la División de su entrañable y heroico amigo Gustavo Durán, músico como él. Dirigió el periodico de la División, modelo de gracia y perfección. Antes, en su vida civil, había dirigido el diario republicano "El Sol" de gran estirpe periodística y que en sus manos, en los primeros meses de la guerra, conservó su calidad de gran diario.

¡Cuántas noches allí en aquel saloncito íntimo del primer piso de la Alianza hemos pasado las horas cantando canciones populares que él acompañara en un piano magnífico que permaneció años y años mudo cuando unos aristócratas ignorantes eran sus dueños! Allí Durán en las contadas noches que le dejaron libre las batallas pasaba largas horas interpretando a Brahms -músico de su predilección por aquellos momentos- y al alba marchaba con su aire juvenil al puesto de mando. Y German Bleiberg -hoy preso en carcel de Franco- nos deleitaba de manera maestra con obras de Beethoven y Chopin... ¡Qué triste es todo esto ahora cuando las distancias fingen la muerte en uno y otros su fren cruelmente en su carne cautiva y en la presencia de tantos dolores idénticos.

Mas tarde el corte por tierras de Levante que dividió en dos la España Republicana nos alejó de Vicente Salas Viú. En Barcelona fue director del periodico "Trincheras"... Después, la triste rendición de Barcelona y el dolor y la angustia nuestra pensando en él y en tantos otros amigos entrañables.

Felizmente llegaron noticias: Vicente Salas estaba en compañía de Daniela -digna mujer de tan estupendo camarada- en París. Y al poco tiempo la nueva de su llegada a Chile.

Feliz Vicente que llega a tal país y feliz país que recibe a un hombre como Vicente Salas Viú.

Su labor ya la sabemos por la prensa chilena: De una conferencia sobre música nace una serie de ellas sobre el mismo tema y tiene la honra de ver abiertas a su inteligencia las puertas del paraninfo de la Universidad de Santiago.

El hombre, sus ideas y su inteligencia. Por donde él vaya será la voz de España cantando; la cultura de España extendiéndose sobre el suelo y la inteligencia de América. Aquellos que le conozcan se pondrán del lado de nuestra causa pues nada refleja mejor una idea que los hombres que la defienden.

Así quisiera yo que esa conducta siguieran todos los republicanos españoles forzosamente expatriados. Dejar las políticas de los países a los ciudadanos de los mismos, pues solo a ellos les incumbe, y extender ordenadamente el saber que pudo darnos nuestra patria tan venerada por los pueblos que rara vez fueron por ella comprendidos. Es decir, por los que a ella gobernaban que eran los mismos contra los que nosotros nos lanzamos en armas para evitar que aquella ola de incompreensión continuase.

Y así quisieramos nosotros, los Noctambulos, al igual tuyo hacer patria con nuestro esfuerzo y conocimiento. A un lado la política, el tópico, el lugar común. Si pretendemos hacer un periodico que sea el mejor; si una editorial, la mas ecuaníme; si una revista, la mas exquisita; el teatro, el mas perfecto. Demostrar que los elementos que hubimos de salir de nuestra tierra, somos la verdadera España, la que merece la pena de volver los ojos y el corazón hacia ella. Llevar un sello insuperable que estampe mos en todo cuanto hagamos. Y así, haremos política, pero política nuestra; política que lleve el amor del mundo hacia esta pobre Patria hoy, caída en la mediocridad y en la ignorancia.

Sigue Vicente tu labor magnífica... y hasta pronto, que estos brazos fraternos puedan abrazarte.

Santiago ONTAÑÓN

LA MUERTE DE DON JOSÉ GIRAL



Hemos tenido esta noticia de fuente particular y deseáramos ser víctimas de un error.

Pero, según nuestros informes, don José Giral ha muerto víctima de un accidente ferroviario ocurrido en Méjico país al que se había visto obligado a expatriarse después del triunfo de los "nacionalistas".

Entre nosotros la muerte del hombre de ciencia, catódrico de renombre internacional y político de los mas capaces de la República nos ha conmovido y más por tratarse de un amigo de algunos de los que aquí esperamos una libertad fuera de las fronteras para, como hacía él, reanudar nuestras actividades dentro de la orientación humana y generosa que, como él, nos tiene a su servicio.

HOMENAJE

CERCA DE NERUDA

Dablo Neruda nace a la vida en la vieja selva de Arauco, y este paisaje sobre el que extiende sus primeros pasos inciertos le ha de acompañar ya para siempre con su húmeda escenografía llena de verduras legendarias. Esta naturaleza combatida por las lluvias constantes, abrazada por la emanación violenta del Pacífico, por el aliento maternal de las tierras vírgenes es la primera voz que llama en el corazón del poeta. De este centro natural ha de extraer el fondo, ó, por decirlo más justamente, el subsuelo de su poesía. Lo que Neruda recoge en esta primera experiencia vital es lo mismo que podría recoger el primer hombre que pisó la tierra: lo terrenal, lo geológico. Bajo esta primer luz de su vida empapa su espíritu hasta un profundo conocimiento de la vida planetaria. Antes de conocer el mundo del hombre, el mundo civilizado, escucha el rumor del agua, la voz cálida del suelo, el regusto de la sal y del fruto salvaje, la historia muda de las piedras lunares; escucha, por así decirlo, el mundo primario sobre el cual el hombre es una piedra de toque. Más tarde abandonará este mundo natural, desbordado, para atravesar el Oriente lleno de alucinantes incógnitas al fondo de la que alienta siempre una puerta entreabierta hacia un cielo inexplorado. Leyendo las crónicas que Neruda escribía sobre estos sobre estos puertos de población flotantes, sobre los ríos silenciosos como lentas serpientes, sobre la tierra amarilla de las supersticiones y el fatalismo oriental, se llega a percibir, a intuir un mundo diferente difícil de revelar a no ser por un poeta de singulares

761

posibilidades. Desde Oriente, dejando atrás la estela de las islas misteriosa, viene al pisar el cuero sarmentoso de la vieja Europa desdentada. Del paraíso oriental le ha quedado asimilado a su lírica cierta atmósfera extraña y vaga que ha de recaer sobre su obra. Y ya en la angustiosa lucha con la vida, una vez sumido en el crepúsculo irremediable del hombre siempre triste, cobra nuevos elementos, raros materiales atacados de melancolía, de pasión, de desesperación y de dolor humano. Hay una espesa y plomiza capa de dolor sobrecogiendo el corazón del mundo y es la queja de este viejo corazón hermoso lo que es necesario saber escuchar y transmitir con palabras. De esta heterogénea mezcla de sustancias poéticas, no podría surgir un vate académico con la oreja abonada a la discreta voz de la Retórica. Neruda emerge desde el fondo de aquel paisaje inicial sobre el cual la vida ha ido descargando una larga noche oceánica, llena de furia, y cuyo amanecer cercano siempre no se verifica nunca.

De esta continua y fatigosa sedimentación emerge un poeta profundamente humano con una herida de constante muerte en el costado más claro y contra el que el hacha de los días golpea incansable un día y otro. Porque toda la poesía de este hombre

dotado de corazón singular y sueños funestos

es algo tan consustancial con él mismo, tan puramente crecido y desarrollado en él, tan ajeno a tradiciones literarias o históricas, a patrones más o menos aceptados o desacreditados que nunca podremos reconocerlo en el poeta-sastre que recorta cuidadosamente su poesía a la medida convencional y hasta a un precio accesible para la mayoría. Neruda viene desde lo más hondo y remoto de la vida, excavando en los filones subterráneos tan difíciles de explorar y de tan improbable triunfo. De allí ha de salir y su voz oscura por las profundidades que atraviesa será para muchos una apretada tormenta indescifrable. Por otra parte el llega siempre libre de correlación, como algo que empieza y termina en sí mismo. Tal o cual poeta nos llega ensartado en una línea determinada sobre la cual el descarga su propia contribución, denunciando raíces anteriores, contactos ajenos, adherencias apenas ocultas. Neruda, por el contrario, aparece como astro solitario a cuyo alrededor un lago extenso pone un anillo de incomunicación con el mundo circundante. De este indeclinable choque con el abismo le nace su tristeza cósmica, esa que va desde la estancia más matutina del mundo hasta la bahía desolada sobre la cual oculta el hombre su inseparable bagaje melancólico.

A. A.

CRONICA TEATRAL

PEDRO ZORRILLA

PEDRO ZORRILLA es el primer actor cómico de co
media que no es interprete. Su arte es perso
nal a la manera que mas tarde habían de se-
guir López Somoza y Valeriano León, pero con la ven
taja sobre éstos de que su visión del teatro y su
personalidad no le perjudicaba lo mas mínimo para
actuar en la comedia de tipo humano y a los otros
sí. La explicación de esto tiene varios aspectos.
Primero: Valeriano León y López Somoza se hacen ac-
tores en la zarzuela y en plena decadencia de este
género, mientras Zorrilla se formó en el verso cuan
do éste no se había prostituido hasta el punto a
que ha llegado en sus últimos años. Segundo: en Pe-
dro Zorrilla había una calidad artística y una sen-
sibilidad de la que carecen los actores anterior-
mente citados, y tercero y último: un sentido de
la responsabilidad y de la dignidad que no le per-
mitían adaptarse al mismo impudor que tienen sus
sucesores.

Zorrilla se dedica al teatro muy tarde. Era ya ca-
jero de la Banca Urquijo, lo que demuestra un núme-
ro considerable de años como empleado, cuando empe-
zó a hacer teatro en serio. Alternaba sus activida-
des con su afición a este arte perteneciendo a las
principales sociedades de aficionados de su época.
A principios de siglo, por el año 4 ó 5 entró como
actor profesional en el teatro Lara y en pocos a-

Nos se hizo una figura notable del teatro español. Contaba entonces alrededor de los 30 años. Como no podía atender a sus dos profesiones y había que elegir entre las dos eligió la mas dudosa; dejó su empleo en la Banca Urquijo y dedicó por entero su vida a los azares del teatro. Coincidiendo con esta determinación entró a formar parte en la Compañía del teatro de la Comedia, figurando ya en ella como actor cómico de la misma quedando consagrado como una figura popular en Madrid. Al lado de Matilde Moreno, Adela Carbone, Irene Alba, Aurora Redondo, José Santiago, Bonafé, Gonzalez, Asquerino, Moreno, Riquelme, y Valle se consolidó su prestigio y tuvo sus mejores y mayores exitos sin pretender para ello anular a sus compañeros de trabajo.

En la comedia "Las de Cain" de los quintero estrenó un guarda del Retiro madrileño que solo sale en el primer acto. Al final de la comedia quedó la tiente el recuerdo de la labor de Zorrilla, caso tan raro y difícil que solo los actores podemos apreciar. Lo mismo que con esta comedia fué lo ocurriendo con la reposición de "El collar de estrellas" de Benavente con la dificultad de que el papel que interpretó Zorrilla había sido estrenado y creado por un actor de la talla de José Santiago en la Compañía de la Guerrero. Lo mismo que con estas dos comedias ha ocurrido con un número infinito de obras en las que Zorrilla venció siempre todas las dificultades.

Llega la época floreciente del astracan y con ella la verdadera época brillante de Zorrilla, actor apto para este género como ninguno que siguiendo la ruta emprendida por Gimo Raso de dar a este género lo que necesita, dió a sus interpretaciones una gran discrección haciendo estas obras como si pertenecieran a otros géneros superiores, es decir con un profundo respeto para el público y el teatro, acentuando o subrayando únicamente aquellos pasajes que la inteligencia de un actor de su sensibilidad creía oportuno.

Sus creaciones mas felices de este género son, in dubablemente, "El profesor de matemáticas" de "El orgullo de Albacete" y luego aquel fondista que estrenó en el "Viaje del rey" en que todo fué producto de su imaginación, desde el detalle que creó con un bisoñé que se ponía para recibir a un pretendido rey indio y cuando se daba cuenta de que éste ha

bía sido suplantado se lo arrancaba con rabia guardándolo otra vez con toda solemnidad reservado para las grandes ocasiones.

Son tan numerosas las obras astracanescas estrenadas y creadas por Zorrilla durante los años que perteneció a la Comedia en su primer contrato en este teatro, que se hace difícil recordar todos los títulos y sería muy monótono para el lector el enumerarlas, pero como mas destacadas podemos citar "El último Bravo", "Faustina", "La barba de Carrillo", "Los cuatro Robinsones" y "Los caciques".

El año 19 se separó del teatro de la Comedia para formar compañía como empresario, unas veces solo y otras en colaboración con Simo Raso o con Ramirez.

Siendo él solo empresario estrenó con especialidad obras de García Alvarez, autor preferido por él, y que interpretaba como nadie. Creaciones en obras de este autor fueron las que hizo Zorrilla de "La tragedia de la viña o el que no come la diña" y de "El vizconde se divierte o quince penas de muerte" así como de "El fin de Edmundo". García Alvarez, autor completamente desquiciado y loco pero con una gran imaginación que coincidía con el surrealismo, encontró en Zorrilla al interprete ideal que hacía que sus obras condenadas al fracaso interpretadas por otro gustaran gracias al talento del actor que les imprimía su personalidad imponiéndolas al público con su aplomo y autoridad.

Durante una corta actuación que hizo Zorrilla con su compañía en el desaparecido teatro Rey Alfonso, (hoy Cine Panorama), estrenó un juguete cómico muy endeble y soso que se llamaba "Manía persecutoria". La obra tuvo un gran éxito pasando de las cien representaciones. Yo presencié desde un palco una representación de la obra en compañía de su autor. A cada carcajada del público el autor con simpática modestia me indicaba que aquella frase o detalle eran exclusivos de Zorrilla. Es decir, que él había escrito un boceto de comedia y la gracia íntegra de la misma eran producto del ingenio del interprete.

Cansado del inmenso trabajo de ser a un mismo tiempo empresario, director e interprete, aceptó un nuevo contrato de primer actor para el teatro de la Comedia de Madrid en el año 27. Actuó allí hasta el año 32 alternando siempre con otro primer actor, unas veces con Casimiro Ortas y otras con Rafael López So-moza sin que la rivalidad que pretendía establecer la

gente de teatro y una parte del público, le afectara lo mas mínimo. Estrenó con mucho éxito obras de Arniches, Muñoz Seca, Perez Fernandez y Antonio Paso que no hace falta recordar porque estan en la memoria de todos. En esta época estrenó el "Señor Adrián el primo" de Carlos Arniches en la que él hacía el protagonista quedando sorprendida la gente por verle hacer un papel dramático, modalidad que no conocía la gente en él.

En los últimos años hizo con fortuna algunas pruebas cinematográficas que demostraron su capacidad para haber podido ser figura del cine español, entre ellas una para el Corregidor de "La travesía Molinera" que no pudo rodar por tener compromisos firmados para actuar en provincias. Dos meses despues de este incidente moría inesperadamente victima de rápida enfermedad.

Como actor a Zorrilla no se le puede encasillar en ningún grupo o escuela. Todo lo absorbía la enorme personalidad que tenía. El arte de Zorrilla empieza y acaba con él.

Aunque ha tenido algunos imitadores como Antonio Dieguez, no resultaba facil esta empresa porque el original ha quedado presente en la memoria de todos. A pesar de que Zorrilla no era actor de desdoblarse -es decir, intérprete- éste no estorbaba para nada, así como su gracia de género gordo y su "morcilleo" para dar a la dirección general y el montaje de sus comedias un tono respetuoso de sinceridad y de decoro artístico hoy día desaparecido por desgracia de los escenarios.

Edmundo BARBERO

UN CUENTO CHILENO.

MUSICA DE BAILE

LLEGÓ para Micaela el momento mas terrible. Adivinó que se preparaban para cerrar la urna de Johnny Brown y que luego lo llevarían, por lo tanto, al cementerio.

-¡Todavía no, Mica! ¡Seguro!...- decía con voz lastimera Robert Mend (Roberto Mendoza, cubano) y trataba inutilmente de convencerla.

-¡No, Mica; si es verdad!...- repetía Pat.

Y los tres negros se estrechaban cada vez mas, como si estuviesen defendiéndose de algo tremendo que se les venía encima inexorablemente; ella, tratando de librarse de los brazos que la sujetaban; ello, empeñados en impedir que Micaela fuese a la sala mortuoria.

Por fin venció la angustia de la muchacha. Los dos amigos se dejaron arrastrar hacia la habitación en que yacía Johnny Brown, el famoso clarinete y chansonnier del "Brown- s Fellows Jazz".

Micaela estaba rigurosamente vestida de negro. Solo las rosadas palmas de sus manos y la esclerótica de sus ojos desentonaban con el luto. Los cabellos cortísimos, lustrosos y crespos, caían hacia atrás modelando una cabeza de niño negro con orejas pálidas; por sus mejillas de color aceituna corrían abundantemente las lágrimas.

Entraron a la sala mortuoria. Los que se disponían ya a soldar la urna, encerrando para siempre en ella el cuerpo de Johnny Brown, se retiraron con respeto al ver a la viuda. El fierro candente dejó de hacer chirriar la barra de plomo. Una última voluta de humillo nervioso hizo una dolorosa contorsión

en el aire y se desvaneció.

Estaban allí los otros cuatro compañeros de Johnny Brown, negros también, y algunos amigos blancos. Un pelirrojo ponía allí una nota tan discordante, que en seguida de mirarlo daban violentos deseos de echarlo a patadas a la calle. Todos pusieron sus ojos en la viuda. Los muchachos del jazz tenían lágrimas sobre sus ojos africanos. Los blancos fingían estar tristes. Quien sabe si sufrían ellos también. El pelirrojo continuaba allí odioso, insoportable y amenazante como un hierro encendido. Todos callaron.

Había en la habitación un fuerte olor a cigarrillos y a cera quemada. Un pastor protestante, con aspecto de mosca traída, terminaba las últimas palabras de su oración. Silencio.

La negra Micaela miró obstinadamente el cadáver de su marido. Poco a poco había dejado de llorar y se limitaba ahora a mirar solamente. Pensaba.

El olor a sala de muerto se hacía más pesado. Los negros miraban la urna; los blancos comenzaron a observar con disimulo a la joven viuda. El maldito pelirrojo seguía implorando que lo echasen de allí a patadas.

Micaela sintió deseos de exclamar alegremente:

-¡Hello, Johnny!...

Johnny se iba a levantar, entonces, y le sonreiría. Todo parecía solamente como una broma. Nada más. ¿Por qué había de estar muerto Johnny Brown, su marido, el famoso director de jazz-band?

Esta hermosa idea comenzó a meterse irresistiblemente en la inocente cabeza de la negra. "¡Hello, Johnny!..." Dos palabras que saltaban como diablos sobre las velas y las flores desvaneciendo el olor a difunto de raza negra.

Johnny Brown había cantado dos noches antes en el "BLUES DANCING". Micaela lo había oído. Todo el mundo había oído cantar a Johnny Brown dos noches antes. ¿Y ahora estaba muerto?.. No. Debía ser mentira todo eso. "¡Hello, Johnny!"

Dos noches antes había cantado en el "BLUES DANCING". Nunca había sido tan aplaudido como entonces. Tocó el clarinete y cantó lo mejor de su repertorio. En aquel mismo momento lo estaban oyendo todos, porque bastaba mirarle la cara para recordar sus alegres canciones de baile. ¿Cómo admitir, pues, que estuviese muerto, que no volverían a verlo moverse grotescamente, que no le escucharían nunca más?

Micaela comprendió que aquello no podía ser más que una broma estúpida. Johnny Brown no estaba muerto. La engañaban miserablemente. Tal vez lo iban a llevar y a enterrarlo y él esta

ba vivo, lo oía cantar, escuchaba su voz:

-Micaela, esto no es verdad. I love you, pretty baby!...

Y ella quería gritar alegremente: "¡Hello, Johnny!", pero no se atrevía, tenía miedo de los blancos que había allí y sentía, al mismo tiempo, un remordimiento cuya explosión se acercaba cada vez más.

Estaba segura. Si gritaba "¡Hello, Johnny!", él se levantaría con esa sonrisa de inimitable simpatía para tomar su clarinete y lanzar al aire una nota disparatada, estridente, humana, dulce, loca, exultante, moribunda, triste, repentina, viva, cadenciosa, alegre. Todo eso a la vez. Y veía también allí a sus seis compañeros, cada uno con su instrumento: banjo, piano, violín, batería, viola, y Johnny Brown con su clarinete. Todos vestidos de negro, como para una de las más grandes noches del BLUES DANCING.

Bastaba con gritar "¡Hello, Johnny!", solamente, y él se le ventaría otra vez vivo, como los demás. Micaela sintió de nuevo el horrible remordimiento de no atreverse a gritar. Ella, únicamente, era la culpable de que Johnny Brown estuviese allí quieto en su caja negra. Dentro de algunos minutos iban a soldar definitivamente la urna con plomo derretido. Dentro de unos instantes sería tarde ya. Johnny Brown moriría irremediablemente y la única culpable de eso sería su propia mujer. ¡Ella!.

Entonces ocurrió lo que nadie esperaba. La joven negra se irguió de repente con viva expresión de júbilo en sus ojos blancos, en sus manos (sus manos negras por el dorso y rosadas en las palmas) y exclamó con loca alegría:

-¡Hello, Johnny!

Todos miraron aterrados hacia ella. Esperó un segundo y volvió a gritar:

-¡Hello Johnny!

Esta vez los compañeros de color abrieron grandes ojos de terror, mientras los blancos la miraban con desconfianza, con indignación, con odio. Y ella, víctima de una horrenda desesperación cayó desmayada en brazos del banjo y del batería en los precisos momentos en que se abalanzaba sobre la urna para abrazarse a Johnny Brown y llorar encima de él, convencida ya de la tremenda verdad.

Después todo se consumó. Soldaron la urna. Los blancos ayudaron su ciencia a eso. La cabellera del pelirrojo pedía agritos que lo echaran de allí a patadas. Los seis negros de la "Brown's Fellows Jazz" se dispusieron a llevar sobre sus hombros al compañero con quien habían ganado tantos éxitos en las grandes ciudades.

Micaela, la joven viuda negra, quedó al cuidado de una señora. La urna fue instalada en una carroza automovil. Los acompañantes subieron a sus coches y el cortejo partió velozmente hacia el cementerio, confundiendo en el ruido de la ciudad, que tenía también algo estridente de jazz-band.

Los seis músicos negros no hacían recuerdos de Johnny Brown, no traían a la memoria ningún episodio de su vida. Tocaban mentalmente con él, nada más. Tocaban unos lúgubres blues, con auténticos lamentos de esclavitud. Tocaban, y en aquella orquesta imaginaria no faltaba el clarinete ni la voz jubilosa de Johnny Brown, el negro a quien dejarían en el cementerio de una ciudad que nunca habían esperado conocer.

De repente rechinaron los frenos. El cortejo había llegado. Los seis negros sacaron la urna y avanzaron. Seguían los blancos y en medio de todos ellos, aquel maldito pelirrojo, que el demonio debía saber quien era.

Llegaron a un sitio apartado y dejaron en tierra el ataúd. Todo estaba listo ya. Amarraron unas cuerdas plateadas a las manillas y depositaron la negra caja en el fondo del hoyo. Nadie dijo ni un discurso. Los blancos, que dirigían aquella estúpida ceremonia, como si fuesen célebres maestros de cocina, habían dispuesto que no hubiese discursos, porque no podía decirse nada a un músico de este especie, que solo tocó y cantó el clarinete para dar ritmo a la danza. Ya estaba muerto. Era lo único que podía decirse.

Es cierto que muchos de los presentes debían a Johnny Brown buenos ratos de placer en el "BLUES DANCING", porque él no se negó jamás a repetir una pieza que gustara al público. Pero, ¿qué hacerle ahora? Johnny estaba muerto. Por lo menos esa vez había que dejarlo descansar en paz. Aquellos grandes cocineros de funerales se sentían satisfechos de manifestar su tristeza mesurada y sabia.

Los seis compañeros de Johnny Brown miraban obstinadamente hacia el féretro que ya estaba en el fondo del hoyo. No hablaban una sola palabra. Ni siquiera hacían un gesto. Pero las lágrimas brotaban poco a poco de los grandes ojos blancos de los negros.

De repente comenzaron a caer paladas de tierra. La urna negra se iba cubriendo cada vez más. Pronto quedaría escondida; un último pedazo de ataúd se empeñaba en quedar a flor de tierra. Entonces los compañeros de Johnny Brown murmuraron en voz baja sin poder contener un sollozo de esos que avergüenzan.

-¡Good bye

-¡Bye, Johnny...!

Pero Pat Smith, el batería, lanzó un alarido horrible y cayó



al suelo, víctima de un ataque de epilepsia.

Ah, nunca mas volvería a tocar Johnny Brown. Los negros lo comprendieron en seguida y, sin embargo, aquél alarido era exactamente el mismo que lanzaba Fat Smith todas las noches en el momento en que un fox-trot llegaba a su mayor exultación. A legría vengativa, locura triste, entusiasmo, odio, ritmo salvaje y tierno a la vez.

Entre tanto, la negra Micaela, viuda de Johnny Brown, iniciaba dos días de recuerdos obsesionantes. Repetía a cada momento, como si él estuviese allí mismo, a su lado:

-¡My Johnny, Juanito!... ¡Ven!

Y luego decía dulces palabras en inglés, de negro. Porque -si es verdad- lo amaba con una fuerza incontenible, sin conciencia, sin inteligencia. Lo amaba de verdad. Como un animal. Dos días de recuerdo para ellos también. La orquesta no asistió al "BLUES DANCING" durante tres noches. El dueño del establecimiento no había dicho nada; los negros, tampoco. Pero se hacía una intensa propaganda en los periódicos anunciando un extraordinario acontecimiento: la orquesta de Johnny Brown sin él. ¿Cómo resultaría aquello? ¿Estarían tristes los negros o eran tan animales como los blancos?... Para saberlo, basta reservar con tiempo una mesa en el "BLUES DANCING".

--

Al tercer día llevaron al departamento de la viuda de Brown un mueble y algunas cosas mas. Todos sabían que ella vivía allí en el departamento número 5 de la casa, y procuraban no hacer ruido al pasar por enfrente. Por eso las mujeres vecinas se asomaron cada una a su puerta cuando oyeron que desde el departamento 5 salía la música mas endiablada que es posible imaginar. Era, seguramente, una máquina parlante de corriente eléctrica, porque la voz del estribillo se oía con una perfección absoluta.

-¡Salvajes! -dijo una mujer blanca.

Las demás miraron con desprecio y odio hacia la puerta de aquel departamento. Tres de ellas se quedaron murmurando por lo bajo, precisamente cuando Fat Smith llegaba al departamento número 5. Al oír aquella música endemoniada, el negro había sonreído repentinamente; brillaron sus ojos con una infantil sorpresa y anduvo en su segundo los seis pasos que le faltaban para llegar a la puerta de su compañera. Fué tan rápido aquello que las tres mujeres blancas no tuvieron tiempo para gritarle unas cuantas injurias.

Micaela se había acercado a la máquina parlante; ya estaba de rodillas ante ella, pegado el rostro a la rejilla. Había

772

querido acercarse, acercarse a la boca, seguir por el tubo de emisión y meterse por el diafragma, por la aguja misma, y llegar al disco y fundirse allí con la voz.

-¡Es él! ¡El mismo! -dijo Micaela a sus cinco amigos.

En este momento entró Pat Smith. Todos lo miraron vivamente de manera que parecían decirle:

-¿Oyes?... ¡Si parece el propio Johnny!

Entonces todos abrieron sus bocas enormes y mostraron dos hileras de dientes blanquísimos, al mismo tiempo que pestañeaban nerviosamente. También ellos estaban tocando allí, pues el disco era de la Browné Fellows Jazz. Johnny Brown cantaba con una voz singularmente dulce:

"I love you, pretty baby"...

y esas palabras, dichas por él, eran incomparables; tiernas, dulces, hermosas, verdaderas, únicas. ¿Y qué decir, luego, del clarinete, que sonaba con una maestría maravillosa? Aquello era, precisamente, dolor, locura, alegría, entusiasmo, ritmo, amor, animalidad, ternura. Todo, todo eso a la vez. Los seis negros se movieron al ritmo alegre de la danza y dejaron caer en el suelo cien lágrimas de felicidad y de angustia.

Trotaba el banjo secamente sobre la melodía de aquél fox y de repente cinco gritos de clarinete cortaron al saxofón en pleno vuelo y lo hicieron caer de golpe como un complicado surtidor de agua. Y luego otra vez aquella voz inimitable de Johnny Brown:

"I love you, pretty baby"...

Micaela no pudo más. Se levantó completamente y, moviendo el cuerpo con grave lentitud como si fuese hecha de humo, comenzó a cantar "Pretty Baby"; Pat la acompañó con pequeños gritos regulares y, finalmente, los seis negros unieron sus seis diversos matices de voz apasionada, pastosa o imbécil.

El coro apagó la melodía de la máquina parlante, se impuso sobre ella y terminó por ser la más salvaje interpretación de aquella dulce melodía hecha por un blanco imitador de los negros. Los ojos languidecían o brillaban, los dientes se abrían a cada instante como un abanico y las palmas rosadas de las manos lanzaron al aire rítmicos golpes, mientras Micaela continuaba moviendo el cuerpo como si fuese un denso humo accitado envuelto en sedas. Nadie habría imaginado jamás algo tan maravilloso.

Otra vez parecía estar vivo Johnny Brown. Su risa exacta, sus alaridos de regreso hacia un remoto tiempo, su voz alegre disparatada, jovial. La sonrisa también, esa simpatía nacida

de la malicia de sus ojos.

Antes que el disco emitiera la última nota, Micaela cayó en brazos de sus compañeros. Seis pares de ojos la miraron entonces, con religiosa veneración y algunas manos negras volvieron hacia el cielo sus rosadas palmas.

Hacia ya tres noches que la Brown's Fellows Jazz tocaba nuevamente en el "BLUES DANCING" con un éxito nunca visto. Los negros eran observados meticulosamente por la abundante concurrencia de blancos, como si se tratara de extraños animales.

Era, en efecto, algo extraordinario: la orquesta de Brown sin él. Y con Micaela ahora. Porque la muchacha cantaba el estribillo en medio de la sala, moviendo sus manos, sus piernas su cuerpo todo como si fuese hecho de baldas algas marinas. Los blancos admiraban aquel número extraordinario y bebían alcohol diversos. Hombres desnudos, cabelleras rubias, collares deslumbrantes, lustrosas solapas, puntos encendidos de cigarrillos y manos por todas partes repartiendo expresiones.

Era el espectáculo que los blancos ofrecían a los negros de la Brown's Fellows Jazz.

La melodía del fox marchaba con rítmicas contorsiones hacia un fin preciso, pero de pronto dejabase caer hasta un punto en el cual esperaba su turno el clarinete ausente. Y mas allá hacia explosión la batería y enseguida la dulce voz de Micaela se deslizaba sobre una colina de armonías.

¡Oh, aquello era verdaderamente magnífico! El propietario del "BLUES DANCING" acariciaba billetes en la imaginación.

Todo era brillante allí. Las miradas se entrecruzaban como serpentinadas y las risas de las mujeres blancas caían al suelo con rebotes nerviosos. Johnny Brown estaba en todas partes efectivamente.

Pero he aquí que de pronto Micaela quedó muda como de terror. Se apagó de súbito su alegre gesto. Los seis negros la miraron a un tiempo. El saxofón dejó de tocar. Y luego, el banjo, el violín, la batería, la viola, y, finalmente el piano.

Micaela, al centro del salón, había levantado un poco sus manos con los dedos crispados y tenía en la cara una expresión que vacilaba entre el miedo, la ira y el llanto. Jamás una negra tuvo una actitud tan hermosa.

En el estrado de la orquesta se abrieron los doce ojos blancos de los negros con una muda sorpresa. Micaela avanzó un paso de bestia salvaje que ampara su traición en la selva espesa; luego, otro. Y otro. De repente dió cinco zancadas rápidas -

774

das y arañó y golpeó al maldito pelirrojo que estaba sentado en una mesa en compañía de dos mujeres.

Un escándalo horrendo estalló en el BLUES DANCING. Todos los asistentes se pusieron de pie. Las mujeres blancas chillaron, rieron, protestaron.

Micaela cayó sin conocimiento al suelo en una forma muy sencilla, sin un solo gesto dramático. Los "boys" saltaron, entonces, para socorrer a la compañera. El último de ellos hizo rodar el bombo de la batería; el instrumento se fué al suelo y sonó por última vez, traspasado de parte a parte por el respaldo de una silla.

Johnny Brown murió precisamente en ese instante y para siempre.

Nunca mas lo veremos...

DIEGO MUÑOZ.

Cuaderno de Poesía



Canto Epico a las

GLORIAS DE CHILE

RUBEN DARIO

Vio en Pisagua los patrios pabellones
 sublimes al rugir de los cañones
 Y vio a Vergara y su legión de sables
 en sus caballos de orgullosa estampa,
 vencer con sus tropales formidables
 en las sierras abruptas de Jaspampa.
 Vio surgir al invicto Baquedano;
 y aquel grupo de impávidos mineros
 que asaltando la cumbre inaccesible
 en los Angeles fueron al Peruano
 como invasión de cóndores ligeros
 de vuelo colosal e irresistible.
 Vio luego en el Alto de la Alianza
 contra doble enemigo combatiendo,
 dominante al estruendo
 del horrible clamor de la matanza.
 Y a sus osadas huestes
 en Arica elevar sobre las rocas
 de las cumbres agrestes
 del Morro, sus enseñas
 tomar al enemigo los cañones
 y amordazar sus bocas
 aventando en pedazos sus cureñas,
 al son de las patrióticas canciones.
 Vio de Lurín la hazaña:
 del gran Pachacamac junto a la ruina,
 la bandera chilena que domina,
 flotar sobre las tiendas de campaña.
 Y vio Morro, Solar, San Juan, Chorrillos;
 la sangre, el hierro, el fuego,
 ¡Y apareció Patricio Lynch! Y luego
 llegó la santa hora
 en que en mobre de Chile bendecido
 recibiera la mano vencedora
 la espada del vencido.
 Y vio allá en Miraflores
 a los chilenos siempre vencedores.
 Luego ¿que contempló?... Su pecho late
 en vivas conmociones;
 en la oscura humareda del combate
 halla el aire que ensancha sus pulmones.
 ¡Oh transfiguración! Mírase fuerte
 al borde del profundo precipicio;
 su patria será grande con su muerte,
 y él se apronta al sublime sacrificio.

447

¡Vió que en triunfal desfile
entraba a Lima, la opulenta y bella,
el poderoso ejército de Chile;
la victoria en las palmas de su carro
al llegar de los duros campamentos;
y al fin, izada por la vez tercera
sobre el regio palacio de Pizarro,
a las caricias de los cuatro vientos,
como un himno inmortal, nuestra bandera!...
Y la visión cesó.

Grau ha advertido
que el viejo barco a balas de cañones
no puede ser vencido.
Retrocedió. Las igneas explosiones
cesaron. Pone ahora
a la "Esmeralda" la ferrada prora
El agudo espolón en el empuje
de la rauda carrera
se ha hundido en el navío; se abre y cruje
el casco de madera.
El tosco acero penetró en lo interno
de la vieja corbeta desgarrada,
como toro feroz que clava el cuerno
y el vientre rompe de la res cansada

Entonces ¡oh grandeza!,
asido a la bandera, en la toldilla,
inclinada, esta Prat.
¡Ved! Algo brilla
cifrando como un nimbo su cabeza
Relampagueante brota
de sus ojos un algo de sublime,
llama que se comprime
y ardiendo salta de su cárcel rota.
Veía al "Huascar" férreo, poderoso,
el espolón clavado
en el débil costado
de su barco glorioso;
y así, resplandeciente de coraje,
lanzado por empuje sobrehumano,
lleno de augusto brillo,
gritando ¡al abordaje!
cayó sobre el castillo
del monitor peruano.

Fué salto de león que se acorrala
con la ira y el rugido dentro del seno,
vuelo de cóndor que despliega el ala
y va a la nube que fulmina el trueno.

La voz del héroe se apagó en el crudo
resonar de la humeante batería.
Mas no está solo. Pudo
Aldea, el bravo Aldea,
acompañar a Prat en aquel día
en su hazaña gloriosa y gigantea.
Era el vivez sargento
espíritu y aliento,
músculo y corazón, el soberano
compuesto que al calor de nuestros soles
aduna a sangre y nervios españoles
la médula de león del araucano.
Era el roto bravío,
pecho de caballero,
que pelea con brío
y sucumbe altanero
Prat está sobre el "Huáscar". La cubierta
del férreo monitor mira desierta;
y así avanza, atrevido,
la frente tempestuosa y admirable,
y blandiendo la espada, el brazo erguido
como herore apercebido
para la lucha sangrienta y formidable.
Pero ¿con quién luchar? Nadie aquí reto
aceptó mano a mano y frente a frente,
ante el cielo y el mar. Y de repente,
las balas de un blindado parapeto
arrancaron la vida del valiente.
De la luz meridiana a los fulgores
al águila altanera
fusilaron así los cazadores
trémulos de pavor en su trinchera.
Aldea, que a aquel grito
de ¡abordaje! saltó firme y seguro,
siguiendo siempre al capitán Arturo
se hundió también con él en lo infinito.

Muerto Prat, es Uribe quien el mando
del navio recibe,
mientras se sigue sin cesar luchando.

El arrogante Uribe
llamó a sus oficiales a consejo.
¡Todos piensan como él! Piensan que el viejo
barco en la hora postrera
al poderoso vencedor confunda,
y ostentando en el tope su bandera
que se incendie o que se hunda.

Aún no habían tornado
a sus puestos los fieles campeones,
cuando el "Huáscar" lanzado
al fogoso vigor de sus pulmones,
dió a la "Esmeralda" una segunda herida
con el recio espolón. A la embestida
sintiendo hervir su sangre de chileno
de Prat con el ejemplo sobrehumano,
saltó el audaz Serrano
y murió como bueno
al abordar al monitor peruano.
Y quedó junto a Prat, todo sangriento,
cadáver de faz trágica y ceñuda,
como protesta muda,
bajo el azul del hondo firmamento.

¡La "Esmeralda" se hundía!
Exhausta ya de fuerza y de soldados,
solo de cuando en cuando respondía
del "Huáscar" a los tiros redoblados.
¡Que cuadro! Por doquiera
sangre, muerte y horror. ¡No hay quien vacile!
bajo el sagrado pabellón de Chile.
¡Ah ved a Crispín Reyes el impávido:
al bronce del corneta que ha caído,
presta su aliento, y ávido,
épicamente bello,
de venganza pujante, enfurecido,
toca a plenos pulmones a deguello!
A aquel marino de alma extraordinaria,
de profundos ardores encendida,
una bala contraria
le arrancó la corneta con la vida.

La "Esmeralda" se hundía
deshecha y humeante
y el monitor triunfante

cañoneaba el cadaver todavía.
 Entonces fué, cuando Riquelme, brazo
 heroico, alma de luz, la muerte viendo,
 hizo repercutir el ronco estruendo
 del postrer cañonazo.
 El horizonte límpido y sereno
 puebla el eco sonoro que retumba,
 como un último trueno
 en el profundo seno
 de un monte colosal que se derrumba.

!El "Husscar" se lanzó por vez tercera,
 y al golpe del acero áspero y frío
 se sintió traquetear la nave entera!
 !Por fin se hundió el navío
 que a Chile glorias sin iguales diera!
 !Primero el casco fúnebre y sombrío,
 y después, siempre al tope, la bandera!

En la región de las inmensas almas
 debe haberse sentido en esas horas
 como un ruido del palmas
 y un despertar de auroras.
 !Oh Patria! !Oh Chile!...

Así acabó magnífico,
 solemne, hermoso de grandeza homérica,
 el combate más grande que vió América
 sobre las anchas olas del Pacífico.

NOTAS DE LECTURA

TROTTERAS Y DANZADERAS, por PEREZ DE AYALA.- Difícil es hacer la crítica de un libro de Perez de Ayala a causa de la variedad de sugerencias que proporciona. Yo trataré de presentar lo que he visto en "Trotteras y Danzaderas".

Dentro de la gama de personajes que presenta el libro, los que adoptan el papel de protagonistas, o mejor dicho, aquellos que son el armazón de la novela son Rosina y Verónica en los femeninos y Teófilo Pajares y Alberto Diaz de Guzmán en los varoniles.

Estos cuatro personajes son los que han de mantener los hilos de la novela moviéndose en torno al siguiente problema: La vida ha de regirse por el corazón o por la cabeza?; ¿debe uno dejarse llevar por los sentimientos o por lo que nos dicte la razón?

Perez de Ayala dice que la mujer tiene algo de agua y algo de fuego, en cuanto a los elementos de su belleza. Yo lo extiendo aún mas, pues lo llevo a todo lo que irradia de ella, principalmente en el amor. El amor tiene en sí esos dos elementos, el agua y el fuego, y según prevalezca el uno o el otro, así será una pasión o un remanso donde nuestro espíritu encuentre la paz y el sosiego que desea.

Aquellos amores en los que predomine el fuego, aquellos que constituyen una pasión, llevan dentro de sí su aniquilamiento y el de los seres que lo sufren. Es el amor de Romeo y Julieta o el amor de Werther. Su vida no tiene razón de ser si no es para lograr sus anhelos; cuando estos se hacen imposibles, desaparece la razón de su ser, mueren. O el caso de "La Dama de las Camelias", de aquellos que se consumen gozando su amor, que no viven sino para él aunque éste los vaya corroyendo sus entrañas, precipitándoles en el mas allá. Los que tie-

nen como elemento fundamental el agua, son los amores de los pobres de espíritu, es el amor que podríamos llamar burgués, en los que existe ese lazo de unión íntima, no en el sentido carnal, sino en un concepto de sentimiento, de amor. Sin embargo en estos casos si el lazo de rompe es cual si el agua remansada fuera convertida en lenta corriente, no hay convulsiones ni trastornos, todo es apacible en ellos.

Perez de Ayala coloca a Teófilo Pajares en la pasión y a su lado a Verónica. Rosina y Alberto Perez de Guzman representan por el contrario al agua.

Teófilo vive para Rosina, "tu no puedes ser sino mía, mía, mía y para siempre, para siempre. Viviremos juntos retirados de la gente, uno para el otro, u no para el otro..." No busca sino la absorción de ella, tanto en lo corporal como en lo espiritual; quiere el cuerpo de ella pero tambien su alma; quiere su futuro pero tambien su pasado; no puede haber nada dentro de ella que no sea conocido por él.

"Ni yo me comprendo a mí mismo. He hablado sin saber lo que decía. No sé lo que pienso, lo que quiero, lo que digo, lo que hago. ¿No ves que te adoro?" Aquí está condensado lo que es una pasión no se sabe nada mas que se adora. Así como el hombre quiere absorber a la mujer, la pasión absorbe al amante, lo cambia, lo transforma, hace de el otro ser que actúa dentro del cuerpo del primero. Y este nuevo ser hace cosas que el otro no se atrevería a hacer, como por ejemplo: el robo de los cuarenta duros que realiza Teófilo. Este nuevo ser no tiene mas moral que aquella que le conviene a sus propositos: es bueno todo aquello que me permita satisfacer mi amor.

Pero esta pasión termina como era de

182

esperar. La traición de Rosina precipita la enfermedad que tenía latente y que le ha de conducir a la muerte.

Verónica es otro tipo del amor fuego, como podríamos llamarle. Así como Pajares es un volcán en actividad, Verónica es el volcán en reposo. Ambos tienen el fuego en sus entrañas, uno lo exterioriza, el otro lo oculta, pero en ambos va consumiéndoles el interior.

Enamorada de Teofilo, un poco por intuición antes de conocerlo, se convierte en verdadero amor al tratarlo. Sufre los desprecios, o mejor dicho las indiferencias de Teofilo y solo se nota este amor en pequeños actos que pasan en general inadvertidos. Verónica, alma sensible, como lo demuestran las observaciones que hace a la lectura de "Otelo", no puede producirse de otra manera. Ella, que fué prostituta, tiene un alma mucho más virgen que la que tienen muchas doncellas. Todas sus reacciones ante Teofilo están impregnadas de candor. Al serle presentado se pone como la grana, queda hipnotizada ante el poeta y solo se atreve a murmurar algunas palabras. Cuando Teofilo la tutea, considerándola mujer de baja condición, lo toma ella por afectuosidad y no se atreve a abrir los labios.

En el resto de sus relaciones siempre ha de actuar de la misma forma. Se entristece cuando Teofilo no ha presenciado su triunfo en el teatro; consiente en encubrir los amores de Teofilo y Rosina para evitar cualquier daño que le puedan ocasionar a él; y al tratar con Alberto de estos amores lo hace como si fuera una joven pura que busca un confidente para contarle sus cuitas, no se atreve a mirar a su interlocutor, pero al ser contradicha se acalora y pone toda la pasión en defender su causa.

La explosión de este amor tiene lugar en la enfermedad de Teofilo. Toda la resignación que tiene para sufrir en silencio la emplea ahora en curar a Teofilo, no se aviene a que muera, espera en el milagro. Es allí, a las puertas de la muerte, donde sale al exterior con toda su emotividad el amor tanto tiempo oculto. Teofilo con la in-

tuición que proporciona la proximidad de la muerte descubre el amor de Verónica y busca una declaración expresa, pero aun en este momento Verónica aparece como expresión de la virginidad.

"Si yo me hubiese enamorado de tí en lugar de la otra... Si yo me hubiera enamorado de tí...-interrumpiéndose para toser. Respiró afanosamente y continuó-. Pero es ya tarde. No tengo derecho a saber; pero quiero saber. Tu... ¿Me hubieras querido?"

Verónica no acertó a responder. Respondieron por ella las lágrimas que asomaron a sus ojos, las cuales Teofilo parecía querer secar con el fuego de los suyos.

-¡Verónica! ¡Verónica!

Verónica había caído acurrucada a los pies de la butaca, y Teofilo le pasaba la mano sobre la abatida cabeza, de brazos y abundosos cabellos negros. Hubo un largo silencio.

-Yo también te quiero a tí, Verónica"

Pero la exaltación de la pasión tiene lugar después de muerto el que la originó. Cuando Travesedo la propone el matrimonio, ella no acepta por escrúpulos de conciencia, por fidelidad a su viejo amor. Solamente aquellos amores que son fuego y pasión producen una resignación tan pura y tan honda en el corazón de una persona.

Rosina y Alberto son el tipo opuesto, son el elemento agua. Los amores de Rosina con Teofilo son amores regidos por el intelecto, son experiencias de laboratorio. Cuando Pajares está absorbido por completo en el amor, ella se dedica a analizar sus propios sentimientos y los de él. No se entrega, aunque entregue el cuerpo; su espíritu está libre y trata de sacar las consecuencias del caso que tiene en su mesa de disección. Ella está desdoblada en dos personalidades distintas, cual si fuera un actor en una comedia; ya que éste une en la escena dos personalidades distintas: una, la suya propia, que puede estar muy lejos del teatro; y la otra, la del personaje que representa. Rosina desde el principio de estas relaciones hasta lo último no hace sino representar una comedia. Busca algo que dé razón a su vi-

da, como el agua busca el camino mas corto en su paso hacia el mar, pero no lo encuentra. El cariño de Pajares anda muy cerca pero no es ello. Entonces ¡No hay amor!, me direis. Sí, si es amor, ya que lo es todo lazo entre hombre y mujer que tiene como fin la entrega del uno al otro, ya que lo es el sentimiento que nos obliga a esa entrega buscando no un placer, sino la felicidad. Rosina busca su felicidad, naciendo su amor hacia Teófilo en el momento en que cree que este puede proporcionárselo, aunque ella comprenda después que está equivocada.

El amor de Rosina con Fernando tampoco es una pasión. Es del mismo tipo que el que tiene con Pajares. Ninguno de sus actos en relación con éste son pasionales. Ni las reacciones que experimenta en el coche al dejar el teatro, ni en aquellos del final del libro, lo son. Pero sobre todo el engañarlo con Teófilo indica que el carácter de esta unión no es el pasional.

Alberto no tiene un papel muy sobresaliente en la cuestión amorosa, pero al referirse a la novia que, allí en Asturias, le espera, siempre habla como si fuera algo sin importancia. Para él, Fina, es aquél fiel regazo donde reclinar la cabeza de que habla en la poesía que le recita a Verónica. Todas sus reacciones son frías, racionales, nunca se deja llevar por el impulso.

Tal vez como espejo donde se reflejan estos tipos de amores, ha puesto Pérez de Ayala, los de Conchita, la doncella de Rosina, con Apólinar. La pasión se une al amor frío. ¿Cuáles son las consecuencias? La primera mata al segundo para luego suicidarse; es decir, que los amores fríos mueren por eso, por demasiado fríos, por demasiada agua y los pasionales por demasiado ardientes, por demasiado fuego.

José CAMPOS.

BAJO LA ESTRELLA DE OTOÑO por KNUT HAM SUM.- Esta novela, relato de un vagabundo bajo la estrella del otoño, expone en abanico por medio de bellas des-

cripciones, una serie de hermosas estampas de la vida campesina noruega ribeteada con bosques silentes y frondosos de pinos y abetos, serbales coloridos y abedules, batidos por las alas de las cornejas y de los pinzones amigos de la emigración y auténticos gorriones del bosque, mientras los ratones lanzan al viento sus aullidos agudos, y la hierba cruje suavemente. Este conjunto forma un clima perfecto de ambiente por el que campa su vida nómada e interesante por su gran sabor escandinavo, Knut Peder sen, el hombre que huyera de la ciudad para liberarse de sus humanos tumultos en pos de la calma y de la paz total.

Personaje de psicología voluble y analítica, muy dado a las meditaciones y a las observaciones sobre la vida de la naturaleza, amalgama el sentimentalismo del soñador, y el escepticismo del cínicco. Trata de cultivar en su alma el sentimiento de la santidad de la iglesia y el terror de los muertos, y sin embargo no tiene inconveniente en acudir al cementerio todas las noches, para aprender a escalofriarse según confesión propia, y perderse en sus divagaciones de profundo análisis sobre temas muy alejados del misticismo. Así mismo en tan lúgubre lugar busca una uña de muerto que necesita para adormar la cabeza de una pipa que está labrando.

Campo fértil para el vagabundaje por su fantasía, y por su espíritu hasta cierto punto cultivado, deserta él mismo de la paz tan ansiada y del remanso de la calma que con tanto ardor anhelase, y se lanza a la peregrinación de vagabundo, viviendo intensamente las emociones que esa vida le proporciona en gran volumen, matizandolas indistintamente a través de los caracteres antagónicos que reúne en su persona. En compañía de otro camarada viaja de aquí para allá bajando en lo que buenamente le es ofrecido, empleandose en hacer conducciones de aguas unas veces, cortando leña en otras, alternando con trabajos de albañilería y de las faenas de la recolección y siembra, a cambio de un lecho y un corto sueldo, y de lo que principalmente desea su espíritu ávido de sensaciones, el caudal emotivo.

A sus años, sentimental como es y en alto grado enamorado, cae en amor romántico y tierno, siempre encauzado por las limitaciones que su empleo le impone, con la señorita Isabél, hija de un pastor al que está realizando unas obras, porque tiene unos labios rojos y una azulina mirada de virgen que le hacen aparecer bella. Y frente a este sentimiento puro y sutil en su consistencia cristalina, como dorso de tanta diaphanidad, y una muestra más de su complejo carácter, el devaneo fogoso de simple amor carnal con la madre de aquella: "La señora parecía una llama. ... Una llama nó; una hija de la naturaleza..."

Rodando siempre al concluir su labor y despertarse con ello sus deseos de seguir viajando y conociendo nuevos campos, recorre nuevas granjas y cabañas, atacando con su hacha y su sierra otros bosques, no sin bordear en algunos casos la ilegalidad al robar alguna gallina que otra o servirse de caballos ajenos para cubrir mas rápidamente las distancias. Vida auténtica de vagabundo sabrosa y varia.

Trabaja en casa del capitán Falkenberg y se enamora de la señora. Otra vez surge el sentimentalismo ciego y apasionado al que se entrega por completo enriqueciendolo con los ensueños de su espíritu idealista. Y por encima de todo, la tendencia a analizar las menores palabras y los hechos mas insignificantes.

Despedido de la granja, la partida es verdaderamente tierna. Allí quedala rubia y hermosa capitana objeto de su amor, y antes de alejarse definitivamente de la casa transcurren varias horas en un loco vagar sentimental.

Recomienza su peregrinación con alternativas, y su exaltación imaginativa le lleva a dirigir una carta a la señora Falkenberg, desde la casa del bailio de Hersaet donde trabaja ahora. La contestación es breve: "No me escriba"...Y ante el blanco papel deja en libertad su amor, y el rasgo suspensivo le hace exclamar: "¡Oh, esto podría en cerrar un mundo de significados!".

Estos dos amores perduran ya en toda

la novela. Constituyen la obsesión y el alimento espiritual de este hombre vagabundo por naturaleza. Se alimentan alternativamente el uno al otro, y se ceden de vez en cuando la supremacía. Dan ocasión para toda una gama lírica de gran fuerza poética y una serie de observaciones sobre la fragilidad del amor.

Una nota curiosa que me ha llamado la atención ha sido la siguiente afirmación en boca del personaje con motivo de un accidente al jóven Erik que le hace el amor a Isabél: "Yo fingí hipocritamente, tomar parte en el sentimiento general, y estuve silencioso y sombrío como los demás: pero no experimentaba el menor pesar. No es que yo gozase de ningún privilegio cerca de la señorita Isabél, por mi palabra que nó; pero aquél que ocupaba un puesto mas elevado en su estima había sido separado de mi camino". Afirmación ésta espontanea y ruda en su sinceridad que ya Dostoievski en "Crime y Castigo" y antes en "Corazón Debil" expresase en un mas amplio sentido general al escribir de la reacción de las gentes frente a las desgracias ajenas, de una forma nada seráfica, detractando uno de los mas bellos sentimientos del corazón humano, el amor al prójimo, empleando como arma el egoismo del hombre.

Tanto en "Bajo la Estrella del Otoño" como en "Los Vagabundos tocan con Sordina", premio Nóbel, Knut Hamsun lanza un lamento melancólico y una observación muy acertada sobre la enorme dificultad que implica el doblar el cabo fatál de la vejez de una manera hermosa y serena, sin incurrir en la exageración, el ridículo, los gestos, la envidia, etc.

En esta ocasión, el protagonista, que en sus sienes grises refleja los destellos de la estrella otoñal, y en su corazón el amor exaltado de sus años abundantes, bordea la exageración y el ridículo, pretendiendo luchar contra la juventud, pero siempre con un tono mesurado, amable, fuertemente sentimental, para refugiarse, neurasténico, en la semi-inconsciencia del alcohol, reintegrado de nuevo a la vida de la ciudad.

Julio ROMEO.

